

Corea: En búsqueda de un nuevo pacto

Un-Chan Chung, Profesor de la Escuela de Economía de la Universidad Nacional de Seúl



EN 1997, la crisis financiera de Asia parecía primordialmente un problema de liquidez, por lo menos en Corea, donde la autoridad monetaria tuvo que pelear sin descanso para evitar que se agotaran las reservas de divisas hasta que fue rescatada por un préstamo enorme del FMI. Si este diagnóstico es correcto, podríamos decir que los países afectados aprendieron más de una lección.

Primero, sus reservas de divisas se sitúan actualmente en niveles mucho más cómodos que antes de la crisis. Por ejemplo, desde agosto de 2001, cuando terminó de reembolsar el préstamo otorgado por el FMI durante la crisis, Corea ha acumulado reservas en moneda extranjera por un monto superior a US\$240.000 millones, un aumento extraordinario con respecto a los escasos US\$7.000 millones en 1997. Segundo, el problema de “exceso de inversión” en los países asiáticos ya no existe. Las tasas de inversión se han reducido y las exportaciones netas han aumentado, impulsadas por la fuerte depreciación de algunas monedas asiáticas durante la crisis. Tercero, el panorama macroeconómico de Asia vuelve a ser prometededor. Volviendo al ejemplo de Corea, casi todos los indicadores macroeconómicos parecen ahora bastante sólidos: las tasas de crecimiento del PIB fluctúan entre el 4% y el 5%, nivel que no está mal para un país con un PIB per cápita de alrededor de US\$20.000 anuales, la inflación se sitúa por debajo del 2,5% y la tasa de desempleo es inferior al 4%.

No obstante, a pesar de lo que indican los datos macroeconómicos, no está muy claro que la situación sea mucho mejor para los asiáticos que vivieron la crisis financiera. En Corea, muchas personas consideran que su calidad de vida es peor ahora que antes de la crisis. Por lo tanto, cabe preguntarse si la estructura económica de Corea ha cambiado radicalmente desde

la crisis. Para determinar esta cuestión, debemos examinar la crisis financiera y los acontecimientos ocurridos antes y después como parte de un problema estructural y no como un simple problema de liquidez.

Más allá de los datos

Antes de la crisis financiera de Corea, los principales participantes en la economía del país, como las instituciones financieras, los grandes conglomerados y el gobierno —conocido como “Corea, S.A.”— formaban una especie de sistema enorme de distribución de riesgos. Pero este sistema conllevaba problemas graves. Los grandes conglomerados de Corea comprendían numerosas empresas aparentemente independientes que estaban interrelacionadas a través de una red de afiliaciones y garantías de pagos cruzados. Con frecuencia la declaración de los beneficios obtenidos era exagerada debido a las transacciones internas realizadas entre ellas. Y, en el caso de las instituciones financieras, se subestimó la magnitud de los préstamos en mora porque en estos no se incluían los préstamos de calidad inferior.

Las autoridades económicas se negaron a reconocer las dificultades que afrontaba la economía coreana y, en cambio, continuaron insistiendo en que la economía del país se sustentaba en una base firme. En estas circunstancias, el riesgo moral afectaba a casi todos los participantes de la economía, incluidas las empresas privadas, instituciones financieras, trabajadores y depositantes, sobre todo porque la sociedad consideró que todas sus pérdidas estaban implícitamente garantizadas por el gobierno. Este, implícita o explícitamente, obligaba a las instituciones financieras a garantizar las inversiones arriesgadas de los grandes conglomerados y toda la nación se hacía cargo de las pérdidas. Obviamente, este comportamiento era incompatible con las fuerzas de la globalización. Por

supuesto, también era una forma fácil de crear empleos y mantener la estabilidad económica.

El problema está en que a medida que la economía crece y se torna más compleja este sistema de distribución del riesgo es cada vez más incompatible, sobre todo en un entorno globalizado. En cierto sentido, esta brecha entre las normas locales y mundiales reflejaba una falta de voluntad para adaptarse a la globalización. La economía coreana solo se adaptó cuando tuvo que afrontar una crisis.

Adopción de medidas difíciles

Tras recibir importantes préstamos del FMI y la comunidad internacional, Corea tuvo que adoptar medidas difíciles para recuperar el control de la situación, como políticas monetarias restrictivas, presupuestos públicos rigurosos, un sistema de tipos de cambio de flotación libre, la reestructuración del sector financiero, incluida la fusión de nueve bancos que se convirtieron en cuatro en dos años; regulaciones prudenciales más estrictas, y más transparencia financiera.

Estas medidas tuvieron un impacto contundente: la economía no solo se recuperó sino que se transformó considerablemente. Por ejemplo, los bancos y grandes empresas ya no están totalmente protegidos ni tienen la impresión engañosa de que “no pueden quebrar porque son demasiado grandes”. No obstante, no es una historia con un final totalmente feliz.

Debería establecerse un nuevo pacto social para que el sistema globalizado tenga éxito en Corea y, tal vez, en otros países de Asia.

La economía coreana, como lo demuestran los sólidos datos macroeconómicos y las normas más globalizadas, se parece mucho más a una economía avanzada. Pero ahora tiene el problema de la polarización y la desigualdad creciente. Los precios de la vivienda han aumentado de modo espectacular, lo que ha desplazado a algunas personas del mercado. Además, incluso 10 años después, la mayor parte de los trabajadores autónomos no han podido recuperar el nivel de vida del que gozaban antes de la crisis. Y estas mismas personas, las que tienen menos recursos, sufrieron las peores consecuencias de los cambios y la reestructuración. Esto, a su vez, redujo el potencial de la economía, ya que se deterioró el capital humano en los grupos de ingresos medianos y bajos.

Por lo tanto, si bien es cierto que la crisis financiera ha terminado, la economía aún debe ajustarse a los cambios internos y externos, y aquellos que no han tenido la fortuna de compartir los beneficios de la recuperación aún sufren las consecuencias dolorosas de la crisis.

Se necesita un nuevo pacto

El problema principal de Corea después de la crisis es que si bien se ha eliminado en gran parte el antiguo sistema de operar, aún no existe una nueva estructura que pueda reemplazarlo. Por ejemplo,

si bien las empresas de Corea procuran formular sus planes según las normas mundiales, las relaciones entre ellas y con su entorno siguen enraizadas en la forma tradicional de hacer negocios en este país.

La globalización también ha venido acompañada por una actitud más dura de las empresas que ha reforzado la polarización dentro de la sociedad. Por ejemplo, desde la crisis, es posible que la actitud conservadora y la atención a los beneficios a corto plazo haya mejorado la solidez de los bancos, pero también ha frenado el desarrollo de las pequeñas y medianas empresas que carecen de garantías adecuadas. Es comprensible que los bancos estén más dispuestos a otorgar préstamos respaldados por garantías hipotecarias que por un plan empresarial o la palabra de una persona, lo que, a su vez, ha reducido una fuente potencial de riqueza para los bancos. Por lo tanto, el escenario parece un equilibrio inferior de Nash en el cual, a la larga, todo el mundo pierde, lo que nadie desea de una economía globalizada.

¿Cómo ha llegado la economía coreana a esta situación insatisfactoria? La razón principal es que Corea no tiene un plan común eficaz sobre cómo deberían funcionar las cosas en esta nueva época.

Antes de la crisis, Corea tenía su propia cultura empresarial caracterizada por el triángulo compuesto por el gobierno, las instituciones financieras y los grandes conglomerados. Esta estructura global de Corea, S.A., ha sido destruida, en parte, por la crisis y en parte por un proceso inevitable puesto que la economía crece cada vez más y está cada vez más expuesta a la globalización. No obstante, ahora que el antiguo sistema no funciona, la economía coreana parece carecer de mecanismos firmemente establecidos para coordinar las iniciativas particulares y gestionar los riesgos de una forma compatible con las normas internacionales.

Debería establecerse un nuevo pacto social para que el sistema globalizado tenga éxito en Corea y, tal vez, en otros países de Asia. Si bien las normas internacionales que son eficaces en los países ricos pueden exportarse a los países en desarrollo, en muchos casos, las partes invisibles o aparentemente no relacionadas que forman la base del buen funcionamiento del sistema mundial no pueden establecerse fácilmente ni son sencillamente transferibles. Por ejemplo, es fácil observar que las redes de protección social que reducen el temor de los trabajadores a la reestructuración, la confianza y la reputación que facilitan las transacciones comerciales y los sistemas jurídicos que respaldan los mercados no pueden exportarse fácilmente a los países en desarrollo.

No debería subestimarse el papel de esta parte invisible pero importante de las relaciones humanas. El capital social de la confianza, un enfoque aceptado a largo plazo y las normas compartidas que generan un entorno positivo para todos son necesarios para garantizar la transparencia y el funcionamiento adecuado de los principios del mercado. Si no existen normas operativas comúnmente aceptadas, la ley de la jungla derrotará a la economía de mercado regulada, lo que reforzará la posición de los agentes económicamente poderosos por encima de los que lo son menos.

Aunque el proceso de ensayo y error para construir una economía equilibrada y respaldada por un conjunto de normas económicas y sociales comúnmente aceptadas será largo, los líderes políticos pueden contribuir entretanto a mejorar las cosas, sobre todo en el ámbito de la gestión de conflictos entre los ganadores y perdedores de esta nueva era. ■